PANEGÍRICO DEL PATRIARCA

SAN JOSE

Mittet radicem deorsum et faciet fructum sursum.
Echará raíces abajo y llevará frutos arriba.
(IV DE LOS REYES, XIX, 30.)

VENGO á hablaros del Patriarca más excelso de la antigua y nueva ley, y sin embargo, ha de versar mi plática sobre asuntos de extremada pobreza. El fué más rico que Abrahán y que Jacob y más poderoso que Moisés, y no tuvo apriscos llenos de rebaños, ni las tribus acataron sus mandamientos, ni esclavos le sirvieron de rodillas, sino que en el servicio de los demás encallecieron sus manos y brotó el sudor de su frente en el trabajo, como el llanto mana de los ojos.

Pues ¿qué clases de riquezas fueron las suyas, que le inclinaron al trabajo y de qué manera de poderío estuvo revestido, que le indujo á servir á sus semejantes? ¡Ah!, cristianos, hablo de José, del casto Esposo de María, y ya sabéis que sus riquezas fueron las virtudes, y su omnímodo valimiento la excelsa prerrogativa de ser padre nutricio de Jesús. Y las virtudes crían en el corazón el amor al trabajo, y el trato íntimo con Jesús cierra las puertas al deseo de las riquezas y engendra en el alma la humildad, virtud que convierte en un deber los servicios que

prestamos á nuestros prójimos. Esto quiere decir que la pobreza que rodeó á José fué abrazada por él, como el mayor y más inestimable don de los bienes de este mundo. Sí que su alma fué humilde sobre toda ponderación, y aunque llevó en sus brazos al criador y dador de todas las riquezas, jamás osó pedirle nada para sí. De aquí que José, siendo pobre de fortuna, fuera rico de bienes celestiales, mucho más precioso que el oro y los palacios de gigantesca arquitectura. Dióse Jesús al humilde José, y Dios solo bastó al Patriarca, para conservar perennemente la alegría en su corazón, y la paz en su alma, y la verdadera felicidad en la estrechez de su hogar y en el rudo trabajo de sus manos.

El oro, que es como la sangre de la vida social de los pueblos, se encuentra en el seno de las montañas; y las perlas, codiciadas de los príncipes para ornamento de sus diademas, reposan en el fondo de los mares. De la propia manera en este pequeño mundo, que se llama hombre, compuesto también de tierra y de cielo, porque es cielo nuestra alma y tierra la arcilla de nuestro cuerpo, el oro de la virtud, que es como la sangre, que da aliento á la vida de nuestra alma, y los dones del Espíritu Santo, que son como las perlas de la rica vestidura de la gracia, se encuentran en las profundidades de la humildad, y de allí son extraídos, para dar aliento y hermosura á las almas que Dios hizo á su imagen y semejanza. Y como José fué humilde, arraigaron en su corazón todas las demás virtudes, y Dios puso bajo su custodia lo que quería más en el cielo, que fué su *Hijo muy amado, en quien tuvo sus complacencias* (1) y lo que amaba más sobre la tierra, que fué á la Inmaculada y dulcísima Virgen María.

Al haceros, pues, el panegírico de San José, no quiero ser un mero cantor de sus glorias, ni convertir en humo

(1) Math., III, 17.

todo el incienso de la inspiración delante de sus altares; quiero daros á gustar la mirra de las humillaciones y sufrimientos que alcanzó José, para ceñir tan inmarcesible corona; quiero enseñaros el camino por donde él anduvo, para concluir después diciéndoos con San Juan Crisóstomo: *no mires, ¡oh cristiano!, que el camino de la virtud sea áspero y desabrido, sino adónde va á parar.*

Venid y abramos el libro de su vida, y veremos en sus páginas que la humildad es el fundamento de la santidad, según expresión de San Cipriano, *humilitas est sanctitatis fundamentum* (1); veremos que no sólo es fundamento, sino guarda y defensa de las otras virtudes, para que no quede desmentido el pensamiento de San Bernardo: *Humilias est fundamentum custosque virtutum* (2), y veremos, en fin, el árbol frondoso y fructífero de su virtud echar raíces hondas de humildad.

Y este es mi objeto al hablaros del glorioso Patriarca San José; presentaros su humildad como raíz del árbol de su santidad: *mittet radicem deorsum;* y la humildad produciendo sus demás virtudes y prerrogativas: *et faciet fructum sursum.*

Venid vosotros en mi ayuda, ¡oh cristianos!, para pedir el auxilio de lo alto, donde está el trono del Padre de las luces, por la intercesión de la purísima Esposa de San José, saludándola reverentes con el ángel de la Anunciación y diciéndola:

AVE, MARÍA.

(1) Cyp., Serm. de N. Ch.
(2) Bern., Serm. de N. Ch.

Texto ut supra.

Te he de enseñar, ¡oh hombre!, dice un profeta (1), *en qué está todo el bien y qué es lo que el Señor quiere de ti. Quiere que hagas juicio, que ames la misericordia y que andes solícito y cuidadoso con El.* En cuyas tres partes parece como indicarnos el profeta lo que el hombre debe hacer consigo mismo, lo que debe hacer para con el prójimo y lo que debe hacer para con Dios.

¿Y de qué manera de justicia más severa puede el hombre usar consigo mismo que amar voluntariamente la pobreza, vivir vida casta y sujetar su voluntad á las leyes de Dios? ¿Y qué modo de misericordia más noble empleará para con el prójimo que el amor, la paciencia y el perdón? ¿Ni de qué manera, en fin, se mostrará más solícito y cuidadoso con el Señor, que creyendo en su sabiduría, esperando en su misericordia y amando su bondad inconmensurable? Pues de estas tres maneras de virtudes que San José poseyó en sumo grado y como ninguno de los hijos de Adán, fué raíz y fundamento la humildad: *mittet radicem deorsum*, y ellas y las gloriosas prerrogativas que le conquistaron, fueron como las flores y frutos de tan precioso árbol: *et faciet fructum sursum*.

De tres partes, pues, no tan largas como el asunto requiera, ha de constar el panegírico. Primera, la humildad fué raíz de la justicia que San José empleó consigo mismo; ó sea de la pobreza, de la castidad y de la obediencia; segunda, la humildad fué el fundamento de la misericordia que el Santo Patriarca empleó con sus semejantes, ó sea del amor, de la paciencia y el perdón; y

(1) Mich., VI.

tercera, la humildad fué la base de lo que el Santo Custodio de Jesús hizo para con Dios, ó sea de la fe, de la esperanza y de la caridad.

I

La pobreza, la castidad y la obediencia: tres virtudes que igualan á los hombres con los ángeles; porque aquellos espíritus bienaventurados tienen satisfechos sus deseos con la posesión de Dios, y no codician riquezas ni á los hijos de las riquezas, que son los placeres. Y en esto se parecen á los ángeles los pobres de espíritu, que se deshacen de hecho ó con la soberanía de la voluntad, de los bienes de fortuna, como de carga pesada para correr por las sendas de la perfección y viven vida apartada y obscura adonde no llegan las alborotadas olas de la soberbia del mundo. Los ángeles no sienten otro fuego dentro de sí que la purísima llama del amor divino, y como no están atados con las ligaduras de la carne, no riñen batallas con la concupiscencia. Y en esto se asemejan á los ángeles los justos que en la escala de la perfección tienen puesto el pie en el último tramo y apagados en su cuerpo todos los apetitos sensuales, porque el inmenso fuego del amor divino no permite ya que se encienda en su corazón otra terrena lumbre. Los ángeles, en fin, viven sujetos á la voluntad del Eterno y cubierto el rostro con las brillantes alas, aguardan temblando delante de su trono, á que su mano se levante, para acatar sus órdenes sin réplica ni contradicción. Y á esto se asemejan los justos, que miran á Dios en sus ministros y en sus príncipes, y tienen su voluntad ligada á la de aquéllos y aguardan respetuosos á que sus órdenes se insinúen, para no dejar de cumplir ni un ápice de sus mandamientos.

Angeles son los unos del cielo, y los otros espíritus de la tierra, pues viven en ella como si nada tuvieran que

haber con los vínculos de la carne y con la soberbia de la vida. Y así como el orgullo derrocó de sus altos asientos á los que fueron compañeros de los ángeles en la gloria, así la humildad es la que coloca á los justos de la tierra en sillas tan encumbradas. La humildad los sostiene en esta vida de la gracia, como la obscuridad de la noche enciende los astros en el cielo.

La humildad sostiene al pobre de espíritu en su pobreza, porque, pensando bajo de sí, no osa codiciar riquezas para su regalo. La humildad sostiene en su pureza al casto, porque es premio de la vida humilde las castidad, así como es la lujuria castigo de la soberbia. Y de la humildad, en fin, nace la verdadera obediencia, que para que sea perfecta ha de ser ciega y rendida.

Ahora bien; que José fué pobre y no codició riquezas, dicho se está, porque según la frase de la misma Verdad encarnada, *ninguno puede servir bien á dos señores: el uno le amará y el otro le despreciará* (1), y José era amado de Dios; *ninguno puede prestar buenos servicios á Dios y á las riquezas* (2), y José, como afirma el Evangelio, era *justo* (3), y, por consiguiente, buen servidor de Dios, y no podía tener en su corazón los inquietos deseos de las riquezas. Sintió, sí, los rigores de la más absoluta pobreza en todos los días de su vida, sin que en su alma se levantara un pensamiento querelloso ni asomara á sus ojos una lágrima de amargura. Rodeáronle los rigores de la pobreza, singularmente en la gruta de Belén, en donde el amor que á Dios tenía y no el egoísmo de su corazón, le hacían desear para Jesús un palacio en vez de aquel miserable establo, una cuna mullida en vez de aquel pesebre y otro calor que no fuera producido por el aliento de aquellas bestias. Y mientras su humildad y su amor le hacían olvidarse de sí mismo. Y sintió, en fin, los rigores

(1) Math., VI, 24.
(2) Luc., XVI, 13.
(3) Math., I, 19.

de la pobreza en el destierro de Egipto, fuera de la patria, sin amigos, sin parientes, sin valimiento y sin trabajo. Pero he aquí que cuando á los ojos de la humana compasión aparece José más desdichado, es cuando, en realidad de verdad, es el más rico de todos los hombres de la tierra. Jesús es todo suyo, no hay en su corazón trabas de afectos terrenales que lo sujeten, para entregarse de un todo á Jesús; ni la gloria mundana, porque la detesta; ni las riquezas, porque no las posee ni las ambiciona; ni los placeres, que huyen de su humildad y su pobreza; ni el casto amor que profesa á María, que antes es santo aliciente que obstáculo poderoso. Nada sujeta á su alma, para que se entregue al gozo inefable de la posesión de Jesús; porque si el alma está ligada con los vínculos de la carne, ésta le da brazos con que poder estrechar al que no cabe en el espacio infinito y corazón para que en él recline la cabeza aquella divina inteligencia, que ordenó el concierto maravilloso de los mundos.

José también fué casto, y su pureza, como flor delicada que el sol abrasa, que se marchita en la altura de las montañas con el hálito frío de los vientos y que solamente se cría en los valles hondos y escondidos al abrigo de las otras flores, nació de su humildad. Dios ha dicho, por boca de su profeta Isaías, *que El no dará su gloria á otro* (1); pero á los que ponen delante de su divino acatamiento todas las acciones, como un tributo debido á su misericordia, rindiéndole honor y alabanza acá en la tierra como los ángeles en el cielo, á esos da Dios por galardón de su humildad vida de ángeles entre los peligros del mundo y las prevaricaciones de los demás. Y como la humildad de José fué profundísima, altísima había de ser su castidad. Castidad tan pura como la inocencia de Daniel, que convierte en mansos corderos á los leones del lago donde le sepultan sus enemigos; tan santa como la

(1) Isai., XLII, 8.

cándida hermosura de aquellos tres mancebos, respetados por las llamas del horno de Babilonia y tan milagrosa como la oración de Elías, con cuyo influjo las nubes llueven sobre un suelo agostado por la sequedad de siete años. Porque José es tan puro, que Satanás no se atreve á luchar con él por miedo de ser vencido; tan casto, que las pasiones no le mortifican y marchan enfrenadas por donde él las dirige; y tan inocente, en fin, que al contacto de su mano, cuando va á ser elegido el esposo de María, es fama que su vara seca se tornó en verde vara de fragantes azucenas. Y como la pureza es su virtud privilegiada, Dios le dió por privilegio ser esposo de la pureza misma en la tierra, que es María.

José también fué obediente; obediente á la ley del Señor y obediente á los mandamientos de los reyes de quienes era súbdito. El obedece el mandato del César que le ordena ir á empadronarse á la ciudad de donde trae origen; y no se acuerda de que por sus venas corre sangre real y de que en otro tiempo sus ascendientes fueron los príncipes más poderosos de la tierra; no entra en la consideración de la longura del camino fatigoso, para dejar por eso de obedecer. La voz del César es para él la voz de Dios é inclina su frente, y aun cuando le duele ver á su esposa caminar en tal estado, cumple los preceptos del César. José, como jefe de la casa, no es cegado por el orgullo, legítimo en esta ocasión, para impedir á María, Madre del Verbo divino encarnado en sus entrañas, que cumpla la ley de la purificación, estando, como estaba, exenta de ella. José, en fin, obedece la voz de Dios que le ordena, por medio de un ángel, dejar á Belén y encaminarse á Egipto, y no entra en argumentos con Dios, preguntándole por qué no envía legiones de ángeles para defender á su Unigénito; y deja su patria, huyendo las iras de un príncipe flaco de la tierra, cuando en sus brazos lleva al príncipe inmortal de los cielos, Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh!, y esta mansa humildad recibe el premio

de las manos de Dios; porque por ella merece hacer las veces de padre con el que es Padre universal de todas las criaturas. Su humildad profunda le inclina á obedecer todos los preceptos de la vieja y nueva ley, y Dios le recompensa esta abnegación poniéndose bajo su obediencia. *Et erat subditus illis* (1).

II

Veamos ahora cómo la humildad fué el fundamento de la misericordia de que José usó con sus semejantes.

Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia (2), dice Salomón, donde existiere la soberbia allí nacerá la afrenta. Y, en realidad de verdad, el soberbio á todos tiene en poco: el sabio es ignorante en su presencia; el manso de corazón es hipócrita delante de él; el pródigo es avaro; el casto es lujurioso; las obras de los genios están llenas de defectos, y de deformes pecados la vida de los justos. A todos habla como rey á sus vasallos; á todos increpa como señor á sus esclavos; á todos ordena como general á sus huestes, y siempre lleva en los labios la propia alabanza y el ajeno vituperio. Es una tromba revuelta que pasa sembrando la destrucción y cobrando pujanza y cuerpo con la ruina. Es Atila, que rueda con sus vándalos y hunnos, cada vez más grande por la desolación, hasta llegar á Roma. Es Alejandro, que llora lágrimas de ira, cuando no hay más tierras que destruir. Es Satanás, que cruza por el mundo en el carro de la soberbia, cada vez afrentando más á los hombres, cada vez más poderoso por el exterminio de todo bien, hasta estrellarse en el Calvario.

Ubi autem est humilitas, ibi est sapientia (3). Pero en

(1) Luc., II, 51.
(2) Prov., XI, 2.
(3) Ibid.